

La construcción del relato histórico: fuentes, narrativa e imaginación

Carlos Gregorio López Bernal

*No quiere volver a preguntarle, porque, no siendo
de esperar que ella añada algo nuevo a lo ya contado,
tendría él que aceptar como verdadero el relato dos veces hecho,
y si ella estuviera mintiendo, no lo podría saber él, pero ella sí,
sabría que miente y mintió, y se reiría de él.*

El Evangelio según Jesucristo. José Saramago

Resumen

Este texto es una reflexión sobre la escritura de la historia, a partir de la confluencia de tres elementos clave: las fuentes, en tanto material básico para la investigación histórica; el relato, que ordena y hace inteligible el problema en estudio, y la imaginación que permite al historiador «volver al pasado» y entender las razones que animaron a los protagonistas de su historia a hacer lo que hicieron.

Al igual que en la literatura, un trabajo de historia requiere de un buen grado de imaginación y de capacidad expositiva; pero su verdadero valor radica en la solidez de la evidencia presentada, en su capacidad de análisis de la realidad estudiada, y sobre todo en su potencial explicativo.

Cuando uno está estudiando, puede encontrarse con textos que lo entusiasman, lo convencen de que está en el camino correcto y lo hacen soñar. Pero igualmente podemos encontrarnos con textos que literalmente nos mueven el piso. Eso me pasó cuando leí el libro de Hayden White *Metahistoria: La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, que se publicó en inglés en 1973, pero que entre nosotros circuló tardíamente (1992).¹

De una manera bastante radical y superficial, White plantea que es imposible distinguir entre un relato histórico y un relato de ficción. Para este autor, la historia tiene sentido no tanto como resultado de una investigación, sino como una forma de escritura. Es decir, es más discurso que ciencia. Tal conclusión me impactó sobremanera, porque yo había emigrado de las letras a la historia, justamente buscando un mejor anclaje para mis inquietudes académicas y existenciales.

No obstante las angustias que en su momento me hizo pasar la lectura de White me sirvió

para dos cosas: en primer lugar fue una vacuna contra la cándida y pretenciosa seguridad que hasta entonces había tenido sobre la veracidad y cientificidad de la historia. «Mostrar las cosas tal como sucedieron», como alguna preconizó Leopold von Ranke, es definitivamente inalcanzable.

Pero una lectura más crítica de White también me convenció de que a pesar de todas sus limitaciones procedimentales, metodológicas y teóricas, la historia permite conocer el pasado de una manera aceptable (al menos no tenemos otra); es decir, la historia no es solo discurso (aunque este sea parte consustancial de ella), es ante todo conocimiento que se construye siguiendo un método.

No obstante, propuestas como la de White y otros posmodernos han tenido eco. De allí que no sea extraño escuchar que la historia es simplemente una narrativa que reelabora hechos pasados. Incluso, hay quienes hablan de las «mentiras de la historia» —estribillo usado a menudo solo para consignar su desacuerdo con una interpretación que no comparten—, pero que al generalizar se llevan de encuentro cualquier intento se-

1 Hayden White, *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX* (México: Fondo de Cultura Económica, 1992).

rio por escribir la historia. La historia no es solo narrativa. Si así fuera, los discípulos de Clío no nos diferenciaríamos mucho de los rapsodas de las épicas antiguas, para quienes «cantar una historia» era simplemente contar de la manera más amena posible, hechos que no requerían más sostén que la imaginación.²

A diferencia de la narrativa literaria y para ventura y desdicha nuestra (según tomemos el caso), nuestro trabajo requiere el soporte de la evidencia histórica, que solo podemos tomar de las fuentes, independientemente de cómo las concibamos. En honor a la verdad, la única garantía que podemos ofrecer para refutar cualquier cuestionamiento a nuestro trabajo, reside en la rigurosidad con que

hayamos trabajado nuestras fuentes.³ Es decir, un historiador que no dé cuenta de sus fuentes, que las falsee o las mal interprete, no tiene (o no debiera) tener ningún futuro profesional. Y hablo de fuentes en plural con pleno sentido de lo que implica: buscar, analizar y contrastar «versiones» diversas sobre un mismo hecho.

Elaborar una narrativa histórica conlleva dos esfuerzos paralelos y de dificultad similar. Por una parte, tenemos que hilvanar una historia —ojalá interesante— mediante la cual pretendemos reconstruir una parte del pasado.⁴ Pero esa reconstitución del pasado solo podemos hacerla por vía indirecta a través de las fuentes y por qué no decirlo, de la bibliografía consul-

2 Hay casos excepcionales en que historia y ficción literaria se mezclan. Algunos literatos tienen una peculiar habilidad para construir ficciones a partir de hechos históricos. Véase por ejemplo, Gabriel García Márquez, *El General en su laberinto* (Madrid: Mondadori, 1989); y Carlos Fuentes, *La campaña* (México, D. F.: Alfaguara, 2002). Sobre las polémicas desatadas alrededor de la obra de García Márquez resulta muy iluminador el trabajo de Hans-Joachim König, "El general en su laberinto ¿Un ataque a la historia patria?" *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, no. 31 (2004).

3 Una interesante reflexión al respecto aparece en Paulina Malavassi Aguilar, ed. *Historia: ¿Ciencia, disciplina social o práctica literaria?*, Cuadernos teoría y metodología de la historia (San José: Editorial Universidad de Costa Rica, 2006).

4 Sobre la importancia creciente de la narrativa en la historia y cómo esta se relaciona con la superación de las constricciones impuestas por los paradigmas historiográficos estructuralistas y marxistas, véase, Jaume Aurell, "Los efectos del giro lingüístico en la historiografía reciente," *RILCE* 20, no. 1 (2004).

tada; esta es la parte primaria y esencial de nuestro trabajo y obviamente requiere cierto grado de competencias y habilidades profesionales propias del investigador.

Pero escribir historia también requiere el manejo de un mínimo de habilidades retóricas que hagan inteligible la trama para el lector. Los recursos discursivos pueden ser muy variados, desde la básica narrativa gradual/lineal, hasta artificios más sofisticados propios de la literatura profesional. Una historia escrita con esos aditamentos será definitivamente más interesante y disfrutable; atributos importantes para atraer al público lector. Sin embargo, lo fundamental es la fortaleza de la evidencia empírica que el trabajo conlleve.

Ahora bien, una investigación histórica tiene un objetivo, debiera tenerlo. Y lo correcto es que busque resolver un problema, es decir responder a una serie de interrogantes. Por lo tanto, antes de ir a los archivos y a las bibliotecas, debemos estar seguros de qué es lo que queremos averiguar del pasado y además tener claridad del porqué es importante conocerlo. Esto es primordial porque cualquier

fFuente histórica solo “habla” en la medida en que sepamos qué preguntarle y de qué manera hacerlo. Hay fuentes sencillas a las que basta interrogarlas una vez; hay otras tan ricas y complejas que en lugar de responder una pregunta nos invitan a dialogar con ellas una y otra vez, hasta que las conocemos bien y estamos en capacidad de entenderlas.

Para lograr esa calidad de resultados es necesario estar apasionados por el tema. La elección de un problema de investigación histórica es como la escogencia de pareja para el matrimonio. Lo ideal es dar ese paso estando totalmente enamorados; sin embargo, la historia nos enseña que ha habido y hay matrimonios por conveniencia (y algunos han durado mucho). Ciertamente que hay problemas de investigación a los que se llega por un apasionamiento; estamos dispuestos a invertir tiempo y esfuerzo por el solo gusto de llegar a conocer y entender determinados hechos, personajes o sociedades. Pero no se puede obviar que en la práctica laboral uno puede terminar investigando temas que nunca le interesaron, pero que aparecen por allí y hay que hacerlos, simplemente porque nos

pagarán por ello. Es decir, a veces actuamos como amantes de la historia, y otras como cortesanos de ella. En ambos, debemos poner todo nuestro empeño a fin de que los resultados sean óptimos, aunque seguramente en el primero habría más pasión y deleite.

Sea por inspiración o por necesidad, según Víctor Hugo Acuña, el abordaje de un problema histórico conlleva dos factores, «en primer lugar lo que se puede hacer y, en segundo lugar, lo que podemos hacer».⁵ El primero tiene que ver con el grado de desarrollo de la historiografía en el medio que se trabaja, pero también con las fuentes disponibles. Es común que entendidos y profanos afirmen que la historiografía salvadoreña está poco desarrollada, que se investiga poco y se publica menos. Aunque cierta, esta afirmación debe matizarse. Quizá poco desarrollo no sea la expresión correcta, más bien tenemos un desarrollo desigual. Y ese desbalance se puede explicar por el interés que suscitan ciertos temas, pero también por la disponibilidad

de fuentes. Ejemplo de ello serían los estudios sobre la privatización de tierras corporativas a finales del XIX, o el reciente *boom* de estudios sobre el levantamiento de 1932. No obstante, llama la atención la escasez de estudios sobre temas culturales, a pesar que hay fuentes muy ricas y fácilmente accesibles, como las recopiladas por Miguel Ángel García, en los diferentes tomos de su *Diccionario histórico enciclopédico*.

El segundo elemento planteado por Acuña, «lo que podemos hacer», está determinado por las capacidades profesionales y los gustos individuales. Formación académica, comunidad académica con la que se interactúa y experiencia acumulada, delimitan en cierto modo las temáticas en las cuales nos mostramos más competentes. Pero igualmente importante es el gusto, y por qué no, el apasionamiento que tengamos por determinadas temáticas. Es plausible entonces plantear que nuestros mejores productos serán aquellos en que se combinen competencia profesional y afición.

Independientemente del tipo de historia que cultivemos, todas terminan en un relato; este

5 Víctor Hugo Acuña Ortega, *Historia e incertidumbre*, Cuadernos de historia de la cultura (San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 2007), 18.

es el producto final de la investigación. En la narrativa histórica combinamos y contraponemos la información ya conocida, la cual hemos recopilado en lo que damos en llamar “estado de la cuestión”, con lo nuevo que hemos encontrado en nuestras pesquisas. Aquí es donde se marcan claramente las diferencias entre el trabajo del historiador y el del literato.

Conocer, discutir y retomar lo que otros han escrito antes no es un requisito indispensable para un escritor. Cuando lo hace, es más bien para marcar distancias y buscar originalidad; aunque no puede evitar que lo comparen y busquen en su obra señales de la influencia de otros. Tener un conocimiento sólido y actualizado de lo que otros historiadores han escrito alrededor de un tema —no necesariamente sobre el tema— es indispensable para el historiador; es más debe dialogar con los otros, discutir sus tesis y hacer sus propios planteamientos. Solo cuando se conoce qué es lo que ya se sabe sobre determinado problema, es posible determinar qué es lo que se ignora, cuál podría ser nuestro aporte y orientar baterías a ello.

La investigación histórica descansa sobre dos pilares

básicos: el acumulado de conocimientos previos y los nuevos conocimientos que surgen de la pesquisa en las fuentes.⁶ Nuestra narrativa debe sostenerse en un conjunto de evidencias documentales que demuestren convincentemente que lo escrito no es producto únicamente de la imaginación del historiador (aunque esta sea muy necesaria), sino que ha sido elaborado a partir de un doble diálogo con la bibliografía pertinente y con las fuentes consultadas.

Vale recordar que una historia no puede construirse con una sola fuente, por más confiable y completa que esta parezca. La fuente da apenas una perspectiva de un problema que —al tener varios actores involucrados—, no puede explicarse a partir de un único punto de vista. Por lo tanto, necesitamos diferentes fuentes, de naturaleza diversa, y ojalá contradictorias entre sí. Al igual que los hechos históricos, las fuentes se producen sincrónica y diacrónicamente. Es decir, en el mismo momento en que se genera una,

6 Habría que agregar un tercero: ciertos planteamientos teóricos, generalmente tomados de otras ciencias sociales, que sustenten y orienten la interpretación, pero en los que no se profundizará aquí.

se están generando otras; pero a la vez, después de una, lo más probable es que se produzca otra que le dé continuidad, la refute, la confirme o la matice.

Pocas veces tendremos la posibilidad de encontrarlas perfectamente ordenadas. Y en este punto tiene cierto grado de razón Hayden White cuando afirma que los hechos aislados, contruidos a menudo con fuentes dispersas y discontinuas, no tienen sentido a menos que el historiador les dé un orden y por consiguiente, un significado. El problema es que White extrema el argumento al decir que Jules Michelet, en su gran historia de la Revolución Francesa, construyó un drama de trascendencia novelesca⁷; mientras que su contemporáneo, Alexis de Tocqueville, la tramó como una tragedia realista no exenta de ironías.⁸

7 “Michelet *tramaba* sus historias como dramas de descubrimiento, de liberación de un poder espiritual que luchaba por liberarse de las fuerzas de las tinieblas, una redención. Y entendía su tarea de historiador como la de preservar lo redimido.” White, *Metahistoria. La imaginación histórica*, 150. El énfasis es de White.

8 “Como era liberal en sus convicciones políticas personales, (*y por lo tanto en principio favorable a los cambios*) y aristócrata que había vivido muchas revoluciones, (*y por eso sabía*

Con lo cual pone en cuestión la validez del conocimiento histórico, que queda reducido a un relato articulado arbitrariamente por el historiador.⁹

El problema de White es que obvia el componente más importante de la investigación histórica: el trabajo con las fuentes, a partir de las cuales construimos un orden cronológico o relacional de los hechos. Este es un ejercicio apasionante, a veces frustrante, de reconstitución de un pasado que no conocemos directamente, pero que suponemos estamos en capacidad de dilucidar y entender. Con las limitaciones del caso, somos pequeños demiurgos dando un orden a un caos aparente. Tra-

por experiencia que no puede haber cambio sin sufrimiento), Tocqueville llevaba sus reflexiones sobre la historia a una actitud más ‘realista’ que la de Michelet... Y la razón por la que Tocqueville no fue apreciado plenamente por la generación que lo siguió no es difícil de encontrar. El realismo trágico que había cultivado desde un principio era demasiado ambiguo para ser apreciado por una época en que no había lugar para la ambigüedad”. Ibid., 218-19. Los énfasis son de White.

9 Para una síntesis y crítica de la propuesta analítica de White, véase Elías José Palti, “Metahistoria de Hayden White y las aporías del giro lingüístico,” *Isegoría*, no. 13 (1996).

bajamos a partir de evidencias parciales y fragmentarias. Por lo tanto, a las dificultades propias del literato que, inspirado, concibe una historia, agregamos las del detective que a partir de las improntas del hecho y de las investigaciones que realiza, reconstruye las circunstancias en que el evento se dio, ubica a los actores involucrados, la secuencia de acciones producidas y termina estableciendo conclusiones.¹⁰ El escritor personifica la inspiración, el detective la razón; una combinación adecuada de ambos sería fantástica.

Entonces, nuestro trabajo con las fuentes implica ubicarlas y establecer su idoneidad y fiabilidad, lo que Langlois y Seignobos llamaron crítica externa (o de autenticidad) y crítica interna (o de veracidad).¹¹ Pero además debemos relacionarlas con un problema en particular y con las cuestiones que nos interesa resolver; también tenemos que considerar los sesgos que puedan conllevar.

10 Fabián Campagne, "El oficio del historiador: Entre Sherlock Holmes y Sigmund Freud," <http://es.scribd.com/doc/974676/El-oficio-del-historiador>. (visitado 22-05-2011).

11 C. V. Langlois y C. Seignobos, *Introducción a los estudios históricos* (Buenos Aires: Editorial La Pléyade, 1972).

Debemos cuidarnos y desconfiar de lo evidente, lo verdaderamente interesante no aparece a primera vista, por lo tanto cualquier fuente debe examinarse yendo más allá de la información obvia. Nunca debemos bajar la guardia, siempre debiéramos saber detectar la trampa, las voces exaltadas en demasía que gritan ciertas cosas para acallar otras; el matiz sesgado que más que aclarar busca confundir; el silencio interesado que aparece no porque no haya más que decir, sino porque no conviene decirlo. Lastimosamente, saber que las trampas existen no es garantía de que no caeremos en ella.

Es por eso que es imprescindible contar con diferentes fuentes, a fin de poder ponderar y contrastar adecuadamente la información que brindan. Y es que la fuente no tiene sentido en aislado; generalmente hay una que la precede y que debemos conocer, asimismo es casi seguro que habrá otra que la seguirá. Es nuestra obligación reconstruir esas secuencias de la manera más completa posible, por lo menos hasta tener la certeza de que contamos con la información suficiente para entender y explicar el problema en cuestión. ¿Significa esto que hemos

de renunciar a establecer una conclusión cuando no contamos con suficiente evidencia? No necesariamente; en ocasiones será preciso arriesgar una interpretación, que se fundamentará más en la intuición que en la demostración, siempre y cuando quede claro que esa interpretación es preliminar y sujeta a mayor elaboración.

No está de más recordar algo que a menudo olvidamos: se debe iniciar recopilando la información agregada y solo después de agotada esta fase ir a la información desagregada.

No hay mayor insensatez que ponernos a recopilar información desagregada, sin previamente haber determinado, si esta no existe en forma un poco más agregada o haber probado que la información agregada disponible no es útil para los objetivos de la investigación.¹²

Igualmente, hay que estar atentos a no caer en extremismos. El primero, sentarse a escribir sin tener una cantidad suficiente de información; el segundo, no atreverse a escribir porque aún podrían existir

fuentes que no hemos consultado. Nunca agotaremos todas las fuentes, pero el problema sustantivo no es ese. El problema fundamental es estar en capacidad de entender y explicar consistentemente el tema con la evidencia reunida.

En fin, un buen trabajo de historia debe incorporar todas las fuentes necesarias para ser suficientemente representativo del problema que pretende estudiar. Pero además debemos combinarlas en una estructura narrativa que al menos conlleve un sentido cronológico (algo sucede primero y algo ocurre después). Y esto no significa ignorar que los eventos también ocurren simultáneamente; sin embargo solo podemos narrar un hecho a la vez. Ni Dios, en la Biblia, pudo narrarlos en simultaneidad pura; es por eso que existe el Pentateuco. Pero también debemos darle un sentido relacional —por no decir causal—, una acción da lugar a una reacción. No tiene sentido un orden cronológico de eventos, si no va asociado a una lógica de intereses, conflictos y consecuencias.

Y no menos importante: las fuentes y el ejercicio intelectual que realizamos deben dar-

12 Acuña Ortega, *Historia e incertidumbre*, 25.

nos una explicación satisfactoria de lo ocurrido. A diferencia de la literatura, la historia no puede (o no debiera) recurrir a explicaciones inverosímiles o carentes de sentido. Por muy antojadizas y contradictorias que parezcan, las acciones humanas responden a ciertos patrones y son hasta cierto punto comprensibles, en ocasiones pueden ser casi previsibles. Y es justamente por esa dinámica que la historia se construye con rupturas y regularidades, cambios y permanencias.

El carácter fragmentario y disperso de las fuentes, más la naturaleza contradictoria y a veces impredecible de las acciones humanas, pero sobre todo la conciencia de que el pasado es irrecuperable, obligan al historiador a ser sumamente imaginativo. Tratamos con personas y realidades que ya no existen, y sin embargo queremos conocerlas y comprenderlas de la manera más completa posible.

Aunque las realidades que trabajamos ya no existen; en ciertos aspectos, ese mundo del pasado puede ser similar al de hoy en día. Similar, no igual. Pero en otros será muy diferente. Por lo tanto debemos cuidarnos sobremanera del anacronismo. Hay aspiraciones y anhelos;

actitudes y valores; prejuicios y disposiciones, que solo pueden entenderse en su momento y contexto. No debiera obnubilar-nos la simpatía que nos provocan determinados personajes, ni tratar con displicencia a aquellos cuyas acciones nos desagradan. Superar estos escollos requiere mucha imaginación —para introducirnos al mundo de nuestros personajes— y mucho tino y ecuanimidad para salirnos en el momento indicado.

Un trabajo de historia bien escrito requiere de un buen grado de imaginación y de capacidad expositiva; pero su verdadero valor radica en la solidez de la evidencia presentada, en su capacidad de análisis de la realidad estudiada, y sobre todo en su potencial explicativo. En historia no se trata solo de conocer qué pasó, ni de saber quiénes hicieron qué; nuestro afán último es explicar porqué las cosas sucedieron de cierto modo y no de otro, cuáles fueron las fuerzas que llevaron a los protagonistas a actuar como lo hicieron y, de ser posible, establecer las consecuencias derivadas de tales acciones y las implicaciones que esos hechos pudieron tener para el futuro.

Pero a diferencia de la

imaginación ilimitada del literato, la del historiador está siempre constreñida y sujeta a la cantidad y calidad de la evidencia disponible. Es decir, por mucho que nos entusiasme el tema, por mucha empatía que nos provoquen los personajes con los que trabajamos, nunca debemos ir más allá de lo que las fuentes buenamente soporten. En tal sentido, imaginar nunca será sinónimo de invención, sino de poder de reconstitución de una realidad pasada, pero sobre todo de capacidad para analizarla y explicarla.

Referencias bibliográficas

- Acuña Ortega, Víctor Hugo. *Historia e incertidumbre*, Cuadernos de historia de la cultura. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 2007.
- Aurell, Jaume. "Los efectos del giro lingüístico en la historiografía reciente." *RILCE* 20, no. 1 (2004): 1-16.
- Campagne, Fabián. "El oficio del historiador: Entre Sherlock Holmes y Sigmund Freud." <http://es.scribd.com/doc/974676/El-oficio-del-historiador>.

- Fuentes, Carlos. *La campaña*. México, D. F.: Alfaguara, 2002.
- García Márquez, Gabriel. *El General en su laberinto*. Madrid: Mondadori, 1989.
- König, Hans-Joachim. "El general en su laberinto ¿Un ataque a la historia patria?" *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, no. 31 (2004): 263-80.
- Langlois, C. V. y C. Seignobos. *Introducción a los estudios históricos*. Buenos Aires: Editorial La Pléyade, 1972.
- Malavassi Aguilar, Paulina, ed. *Historia: ¿Ciencia, disciplina social o práctica literaria?*, Cuadernos teoría y metodología de la historia. San José: Editorial Universidad de Costa Rica, 2006.
- Palti, Elías José. "Metahistoria de Hayden White y las aporías del giro lingüístico." *Isegoría*, no. 13 (1996): 194-203.
- White, Hayden. *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*. México: Fondo de Cultura Económica, 1992.